





100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido solo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100% del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero solo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.



*A Loup y sus futuras aventuras
en tierras frías o cálidas.*

S. M.

*Para Ulysse y Violette,
mis aventureros despeinados.*

R. B.

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2025

TÍTULO ORIGINAL: *Les Enfants du froid*

Colección Los pequeños salvajes

Texto de Séraphine Menu

Ilustraciones de Raphaëlle Barbanègre

© Éditions Thierry Magnier, 2024

Published by arrangement with Isabelle Torrubia Agencia Literaria

© de la traducción, Diego de los Santos, 2025

© Errata naturae editores, 2025

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-22-1

DEPÓSITO LEGAL: M-19799-2025

CÓDIGO IBIC: YFH

MAQUETACIÓN: Jorge García Valcárcel

IMPRESIÓN: Edelvives

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Los niños del frío

Texto

SÉRAPHINE MENU

Ilustraciones

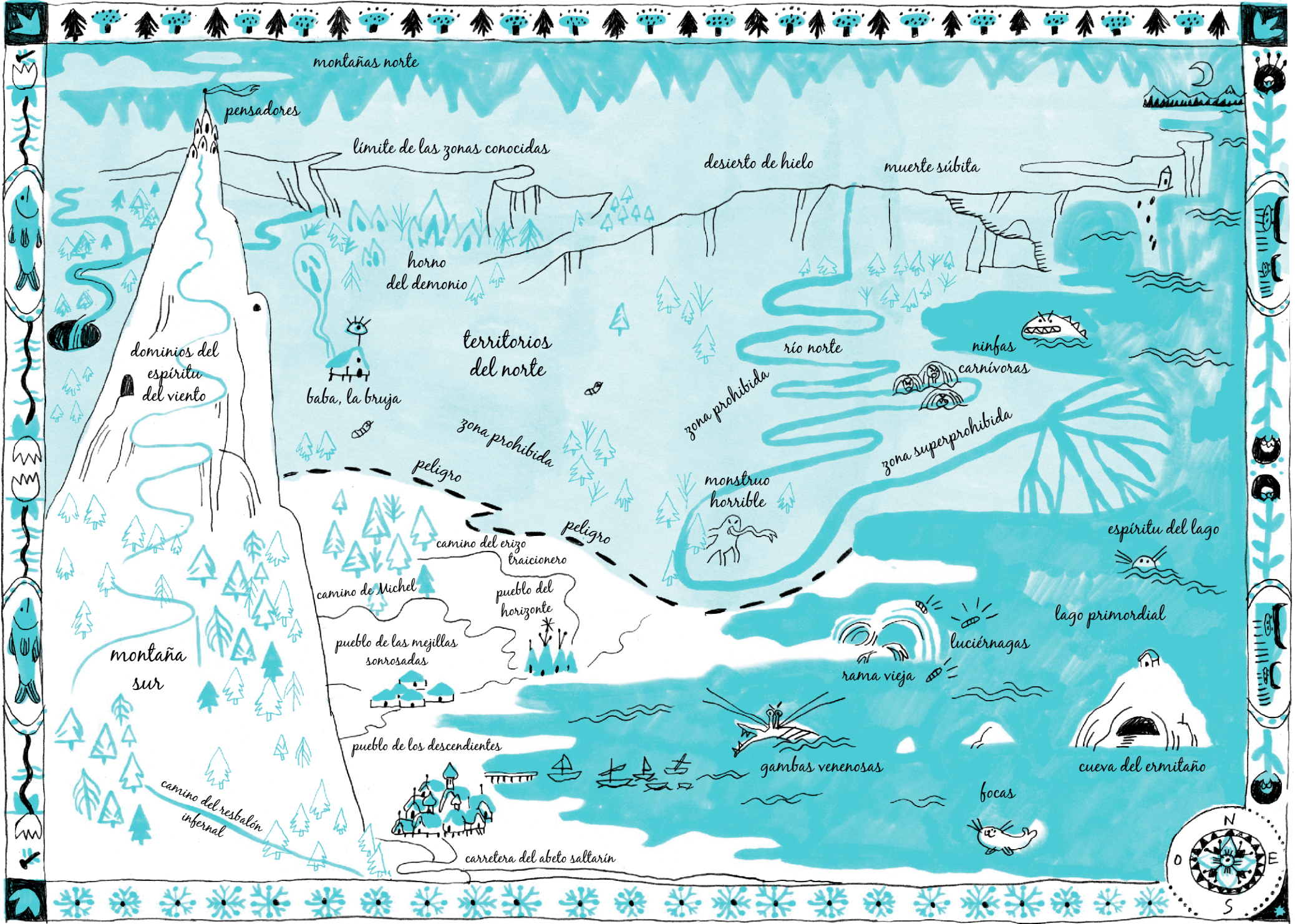
RAPHAËLLE BARBANÈGRE

Traducción de Diego de los Santos



e

errata naturae



montañas norte

pensadores

límite de las zonas conocidas

desierto de hielo

muerte súbita

horno
del demonio

territorios
del norte

rio norte

ninfas
carnívoras

dominios del
espíritu
del viento

baba, la bruja

zona prohibida

zona superprohibida

zona prohibida

peligro

peligro

monstruo
horrible

espíritu del lago

camino del erizo

traicionero

camino de Michel

pueblo del
horizonte

lago primordial

pueblo de las mejillas
sonrosadas

luciérnagas

montaña
sur

rama vieja

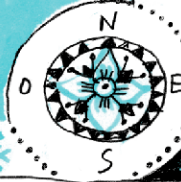
pueblo de los descendientes

gambas venenosas

cueva del ermitaño

camino del restalón
infernol

carretera del abeto saltarín





Las abuelas de las Tierras Frías dicen que hay que acurrucarse en algún lugar calentito para escuchar las aventuras de los niños del frío. Algunas historias solo se pueden contar en compañía de las llamas danzarinas del fuego de la chimenea, el aroma de una taza de té o un edredón bien mullidito.



Personajes

los niños

Myk y Ana

pueblo de los Descendientes

9 años

mellizos

- le gusta: su ritual matutino
- no le gusta: la oscuridad de la noche



- le gusta: acurrucarse junto al fuego
- no le gusta: tener frío en los pies

Luba

tribu de las Mejillas Sonrosadas

aprendiz de chamana
11 años



- le gusta: poner nombres a las criaturas que adopta
- no le gusta: que hagan daño a los animales

Tallo

niño del bosque

edad desconocida

no pertenece a ningún clan

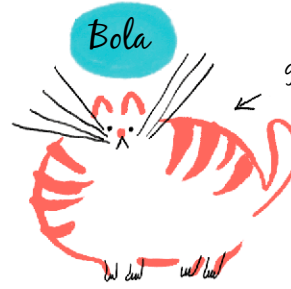
- le gusta: observar a la gente desde lo alto de los árboles
- no le gusta: que se interesen por él



los animales

Bola

gato del jefe del poblado de los Descendientes (y no solo suyo...)



Juju

bicho nival

acompaña a Luba por la noche



acompaña a Luba por el día

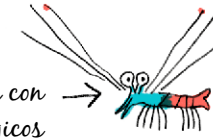
zorro ártico

Nata



Fosfebis

gamba con poderes mágicos



el tigre de fuego



la criatura con la que no debes cruzarte en el bosque del norte

comadreja de las nieves

Croqueta



acompaña a Tallo a todas partes

pueblo de los Descendientes

padres
de Nyk y Ana



los pescadores

soñadores • avispados y astutos • excelentes cantantes

los leñadores



musculosos • vozarrón • grandes zuecos • mucha hambre

los cortadores de hielo



cuadriculados con el corazón de oro • campeones de patinaje artístico

los criadores de yaks



hurafios y susceptibles • bromistas • cantan fatal

los Ancianos



viejos • gruñones • miedicas • actúan de mala fe • odian los cambios

el jefe

su mujer

Aglai



estresado e hipocondriaco

paciente y dulce

el Juego de los Ancianos



cartas adivinatorias

mamá
de Luba
↓

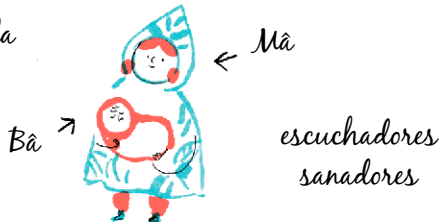
tribu de las Mejillas Sonrosadas



grandes chamanes • en contacto con la naturaleza • hospitalarios

pueblo del Horizonte

pueblo nómada
enigmático



← Mā

Bā →

escuchadores
sanadores

pensadores de la montaña Sur



filósofos con pensamientos mágicos

los espíritus y las criaturas mágicas

Rama Vieja



refugio de las
luciérnagas

espíritu del lago



puede encarnarse
en cualquier
animal, pero
prefiere la foca

Kultuk

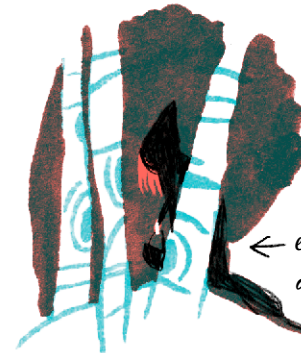
espíritu
del viento



↑
bromista

Baba

bruja
de la taiga



←
come
estofado
de niños

las ninfas

criaturas de los ríos

Pluvia
↓

hambrientas →

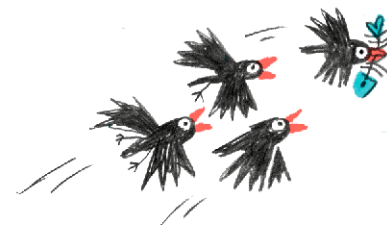
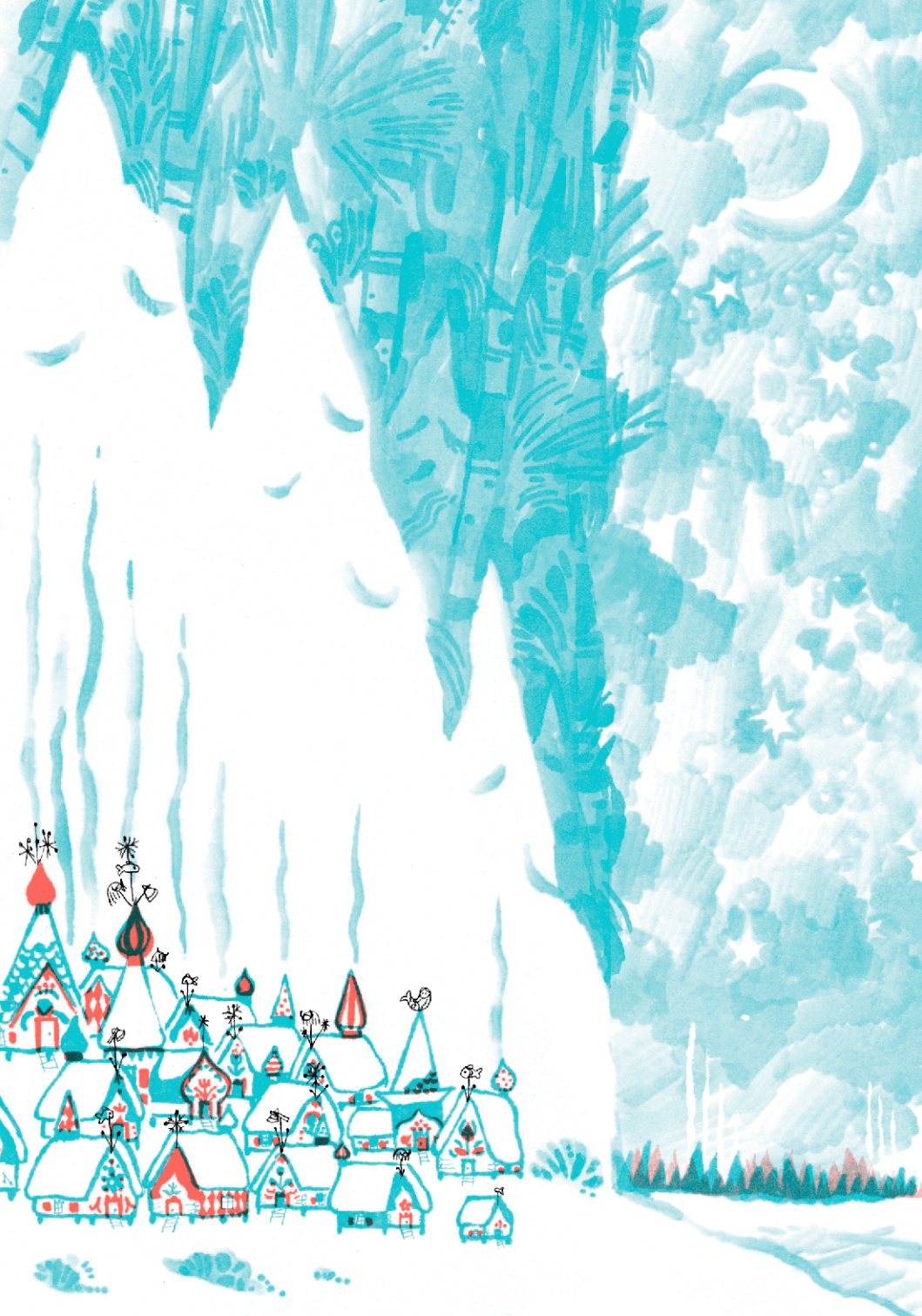
dientes largos y cortantes

Sila
↓

Lágrima
↓

↑
Aqua





Prólogo

Aquel invierno, en las Tierras Frías, las chimeneas de las isbas se susurraban las unas a las otras que una gran desgracia estaba a punto de caer sobre los pueblos que vivían a orillas del lago Primordial. Los Descendientes, los Pensadores, la tribu de las Mejillas Sonrosadas e incluso el pueblo del Horizonte —el último en llegar— entrarían en un periodo oscuro. La razón de este murmullo de mal agüero era muy sencilla: el lago, una vasta masa de agua dulce de más de doscientos kilómetros de largo, no había dado ningún pez desde hacía seis soles y seis lunas. Estas criaturas bulliciosas, de carne nutritiva y exquisita, eran la principal fuente de alimento de muchos de los habitantes de las Tierras Frías durante el invierno.

El misterioso bosque boreal que se alzaba en torno al lago (en el que pocos seres humanos se atrevían a adentrarse porque eran los dominios de Baba, la terrible bruja de la taiga) estaba repleto de animales cuya carne podrían haber comido, de no haber sido sagrados. Los miembros de la tribu de las Mejillas Sonrosadas creían que los protegían unos espíritus muy poderosos. Los otros pueblos sabían que no tenían permitido matarlos, y que la muerte de una sola cierva blanca o de una liebre boreal desencadenaría una guerra sin precedentes.

Sin embargo, la realidad era implacable: sin guiso de pescado, aletas fritas y sopa de tripas, los habitantes de los pueblos del lago Primordial morirían de inanición...



1

Donde conocemos a los protagonistas de nuestra historia

Como todas las mañanas desde hacía seis soles y seis lunas, los mellizos Myk y Ana pensaron en los peces desaparecidos mientras esperaban a que la tenue luz del amanecer acariciase la madera de su casa y llegase la hora en que pudiesen bajar disimuladamente de la cama familiar. Acurrucados juntos bajo la enorme manta de lana, contemplaban el despertar del bosque por la ventana de su isba que daba al este, mientras sus padres roncaban con la nariz hacia el oeste, hacia el lago cubierto de estrellas. Estas empezaban a apagarse poco a poco en el cielo, al mismo ritmo al que las brasas del fuego de leña, que ardían cada vez con menos intensidad al fondo de la estufa.

—Tengo frío —murmuró Ana.

—Tú siempre tienes frío —contestó su hermano.

—¡Daría lo que fuera por un guiso de cabezas de pescado bien caliente!

—Y yo por que hubiera por lo menos un pez en el lago...

Cuando las primeras luces del amanecer iluminaron la casa, Myk bajó de la cama de un salto y se puso a estirarse en pijama, que en realidad eran tres pijamas superpuestos.



*hizo la postura
del junco mecido
por el viento*



*la de la cereza
demasiado madura
en la rama*



*y terminó con su favorita,
la de la cabra dominando
el valle a sus pies*

Una vez terminada la serie, vio que los rayos del sol proyectaban las sombras de los abedules en la nieve y dibujaban rayas tan regulares como los

barrotes de una cárcel. Respiró hondo, se colocó las manos en el corazón palpitante e hizo una reverencia a los árboles, largos, finos y blancos como el pelo de los Pensadores más viejos de la montaña Sur. Exhaló.

—Buenos días, Bosque —dijo, como si estuviese saludando a un amigo.

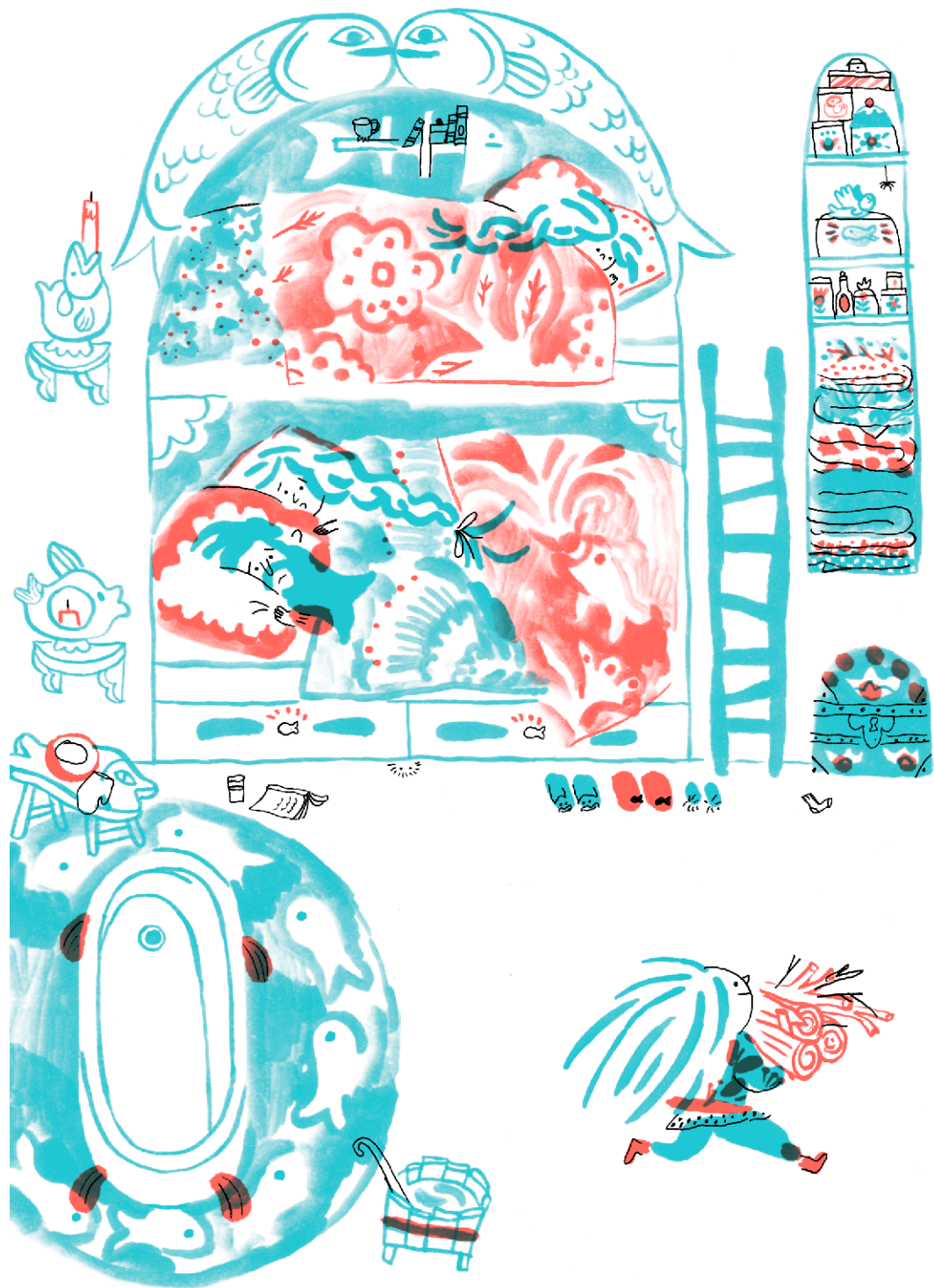
Estos pasos, realizados en el mismo orden y con gran rigor, constituían su ritual matutino, el mismo desde hacía años. Aquella mañana, sin embargo, Myk se fijó en que los abedules no tenían el mismo aspecto de siempre. En sus ramas parecían haber crecido unas hojas extrañas durante la noche. Asomado a la ventana, divisó lo que, en realidad, eran cientos de notas atadas con cintas de colores, ondeando al viento. Una fórmula se repetía varias veces:



Era el mantra que los miembros de la tribu de las Mejillas Sonrosadas repetían varias veces al día. Luba les había explicado a sus amigos Myk y Ana que significaba «hola», «gracias» y «adiós», todo al mismo tiempo. También era una potente plegaria para aplacar la furia del espíritu del lago. Como los peces ya no se dejaban ver, cabía la posibilidad de que el espíritu estuviera enfadado.

Pero aquellas cintas no estaban bien vistas en una familia de Descendientes. El pueblo de Myk y Ana no creía en los espíritus ni en la magia. Los del pueblo de las Mejillas Sonrosadas ya ni siquiera intentaban hacerles cambiar de idea, porque sabían que no les convencerían nunca de que quizá Kultuk —el espíritu del viento— se había llevado a los peces soplando más allá del río Norte o que Rama Vieja —el sauce llorón centenario— se había servido de sus ramas como cañas de pescar para capturarlos. No obstante, en la mañana del séptimo día desde que pescaron el último pez, los padres de Myk y Ana también empezaban a tener ganas de creer en la magia.

—¿Merece la pena seguir haciendo agujeros en el hielo del lago? —le preguntó el padre de los mellizos a su mujer, con la cara hundida en su almohada de plumas.





—Si volvemos a casa una vez más sin ver una sola aleta, podría llenarse otro lago con mis lágrimas —contestó ella.

—¿Moriremos de hambre? —susurró Ana, acurrucada bajo la manta.

Sus padres hicieron como que no la habían oído. Su madre la abrazó contra su pecho, donde, bajo el camisón, su corazón latía desbocado. Ana distinguió en sus ojos la preocupación que la atormentaba. No cabía duda de que estaba pensando en ella y en su hermano, que pronto cumplirían diez años y celebrarían su paso a la «edad de la sabiduría» en primavera. Necesitaban estar en forma —y, por tanto, debían comer bien— si querían que los considerasen capacitados para entrar en el clan de los adultos.

Como todos los días, Myk besó las mejillas suaves y peludas de su padre y fue a buscar uno de los haces de leña que guardaban junto a la entrada, bajo el hule que los protegía de la humedad. Cogió unos troncos y encendió el fuego como le habían enseñado a hacer desde muy pequeño. Luego sacó una olla grande, en la que derritió el bloque que los cortadores de hielo dejaban cada mañana delante de su casa para obtener el agua con la que preparar el té.

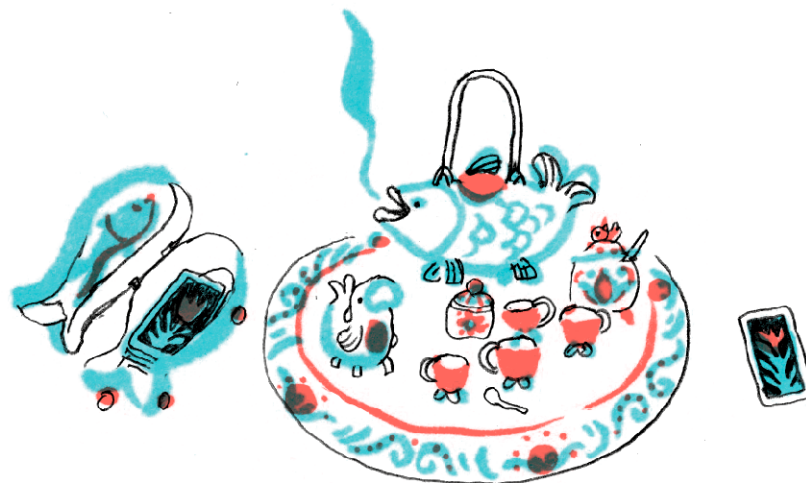
—¡Caléntala hasta que salgan burbujas! —le gritó Ana—. Ayer se enfrió muy rápido...

—¡Eso es porque esperas demasiado para beberlo, no porque el agua no estuviera lo bastante caliente! —replicó él.

Ana acercó sus piecitos a las brasas hasta que sintió que las llamas estaban a punto de quemarle los calcetines y apoyó la cabeza en la madera agrietada de la ventana que daba al este. Aunque acababa de salir, el sol ya estaba en su cénit. Su curso aún había de acelerarse más, y pronto el crepúsculo teñiría de rojo y malva la ventana de la isba que daba al oeste. En pleno invierno, el día apenas duraba unas horas. La noche, que siempre venía acompañada de hordas de focas, tigres noctámbulos y colonias de luciérnagas, era la reina suprema en las Tierras Frías.

A diferencia de los demás pueblos que se habían asentado junto al lago Primordial, los Descendientes nunca salían después del ocaso. Las criaturas nocturnas les daban miedo, pues en la espesa negrura solo alcanzaban a atisbar un trozo de garra plateada o el rabillo de un ojo amarillo. Y eso que estos animales ilustraban buena parte de las cartas

adivinatorias que empleaban para guiar sus actos. Al igual que el resto de las mujeres del pueblo, la madre de Ana y Myk acostumbraba a sacar una de la baraja familiar cada la mañana. La ponía boca abajo encima de la mesa mientras preparaba el té, imaginándose que la predicción que contenía aún podía cambiar mientras se infusionaban las hojas. Después de añadir una pizca de canela, un pellizco de azúcar y un chorrito de leche, las tazas estaban servidas y ella le daba la carta a su hija para que la leyese en voz alta.



Algunas cartas como:



... nunca sonaban mal del todo.

En cambio, había otras más enigmáticas, como la que leyó Ana entonces.



La familia se quedó pensativa, con la mirada fija en el humo que salía de las tazas y se arremolinaba en el aire frío de la isba.

—¿Eso significa que tenemos que irnos a vivir a otro sitio? —les preguntó Myk a sus padres.

—¡Pues claro que no! —replicó su padre—. Además, ¿adónde iríamos?

—A otra región, junto a otro lago. ¡El pueblo del Horizonte lo hizo!

—¿A algún lugar en el que no esté prohibido comerse los animales del bosque? —propuso Ana.

—De todos modos, no creo que estén tan ricos —concluyó su madre.

Ana iba a devolver la carta a la baraja cuando sonaron tres golpes en la puerta.

—Venid, deprisa —dijo un hombre-cillo conocido en el pueblo como «el mensajero», y se coló en la casa antes de que lo invitasen a entrar—. El jefe del poblado ha vuelto de viaje y ha convocado una reunión urgente del Consejo de Ancianos.

La situación es grave.

